

***Una revelación con respecto a
la economía de Dios:
“yo” soy crucificado en la muerte de Cristo,
y Cristo vive en mí en Su resurrección***

Lectura bíblica: Gá. 2:19-20; 1 Co. 6:17; Jn. 14:19; 15:4

Día 1

I. Pablo escribió el libro de Gálatas conforme a la verdad y según la experiencia (2:5, 14; 4:16; 5:7; 1:15-16; 2:20; 4:19).

II. La vida cristiana consiste en llevar una vida de unidad orgánica con Cristo (Jn. 15:4; Gá. 2:19-20):

A. Dios desea que la vida divina y la vida humana se unan, a fin de que las dos lleguen a ser una sola vida; esta unidad es una unión en vida (1 Co. 6:17).

B. La vida cristiana no es el intercambio de una vida por otra, o sea, no es el intercambio de una vida inferior por una más elevada, sino una vida injertada: el injerto de la vida humana en la vida divina y la mezcla de la vida humana con la vida divina (Ro. 11:24):

1. En un injerto, dos vidas similares se unen y, luego, ambas crecen juntas orgánicamente; en un injerto espiritual, el cual es un proceso, dos vidas —la vida divina y la vida humana— son injertadas y llegan a ser una sola vida (Gn. 1:26; 2:7).

2. Para que nosotros fuéramos injertados en Cristo, Él tuvo que pasar por el proceso de la encarnación, el vivir humano, la crucifixión y la resurrección a fin de llegar a ser el Espíritu vivificante (Jn. 1:14; Mt. 1:1; 1 Co. 15:45).

3. Cuando se nos infundió la preciosidad del Señor Jesús y comenzamos a apreciarle, fuimos injertados en Él; fuimos unidos a Cristo en Su resurrección y fuimos unidos a Él orgánicamente (6:17):

a. Al creer en Cristo y al ser bautizados en Él, fuimos injertados en Él (Jn. 3:15; Gá. 3:27).

Día 2

b. Hemos sido injertados en Aquel que no sólo es la descendencia, quien cumplirá la promesa de Dios, sino que también es el Espíritu vivificante, la bendición de la buena tierra (vs. 16, 14).

4. Nosotros, los que hemos sido regenerados, debemos llevar una vida injertada (Jn. 15:4):

a. Después que hemos sido injertados en Cristo, ya no debemos vivir más por nosotros mismos; más bien, debemos permitir que el Cristo *pneumático* viva en nosotros (Gá. 2:20).

b. Ya no debemos vivir por nuestra carne o por nuestro ser natural; en lugar de ello, debemos vivir por nuestro espíritu regenerado, un espíritu injertado en Cristo (1 Co. 6:17).

5. En la vida injertada, la vida divina opera para eliminar los elementos negativos y resucitar nuestro ser creado por Dios (1 Ts. 5:23; Ro. 8:10, 6, 11).

6. Mediante este injerto, somos unidos a Cristo, mezclados con Él e incorporados a Él, para llegar a ser en Él una incorporación divino-humana agrandada y universal, a saber, el Cuerpo de Cristo, el cual llevará la Nueva Jerusalén a su consumación (1 Co. 6:17; Jn. 15:4; 14:20; Ap. 21:2).

Día 3

III. En la unión orgánica que tenemos con Cristo, experimentamos estar muertos a la ley y vivos para Dios (Gá. 2:19):

A. Estar muertos a la ley significa ser librados de la ley a la cual estábamos sujetos; vivir para Dios significa estar ligados a Dios en la vida divina (Ro. 7:6):

1. En la muerte de Cristo, nuestra obligación bajo la ley llegó a su fin (v. 4a).

2. En la resurrección de Cristo, rendimos cuentas a Dios en la vida de resurrección (v. 4b).

B. Si no estamos verdaderamente unidos orgánicamente a Cristo, sino que nos hallamos en nosotros mismos, entonces no estamos ni muertos a la ley ni vivos para Dios (1 Co. 1:30; Gá. 2:16-17):

1. Estar muertos a la ley y vivos para Dios conlleva la muerte y la resurrección de Cristo (Ro. 6:3-5; Col. 2:12).
 2. Únicamente al estar nosotros injertados en Cristo a fin de que disfrutemos una unión orgánica con Él, podemos llegar a ser uno con Él en Su muerte y resurrección.
- C. En la unión orgánica que tenemos con Cristo, Su historia llega a ser nuestra historia (Gá. 2:20):
1. Un aspecto de nuestra historia incluye la crucifixión, mediante la cual hemos sido cortados de todo lo que no es Dios (6:14).
 2. Otro aspecto de nuestra historia incluye la resurrección, en la cual hemos sido unidos al Dios Triuno (Ro. 6:5; Mt. 28:19).
- D. Cuando somos cortados de la ley por medio de la unión orgánica que tenemos con Cristo, espontáneamente vivimos para Dios (Gá. 2:19).
- E. Debido a que nosotros y Cristo somos uno solo, todo lo que le pertenece a Él es nuestro; mediante nuestra unión orgánica con Él, somos partícipes de todo lo que Él es y tiene (Ef. 3:8).

Día 4 **IV. En Gálatas 2:20 vemos la verdad más básica con respecto a la economía neotestamentaria de Dios: ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí:**

- A. Según la economía de Dios, nosotros ya no deberíamos seguir viviendo; más bien, Cristo debe vivir en nosotros:
1. La economía de Dios consiste en que “yo” sea crucificado con Cristo y que Cristo viva en mí en Su resurrección.
 2. El propósito que Dios tiene en Su economía consiste en que el Dios Triuno procesado se forje en nuestro ser para hacer de nosotros una nueva persona, un nuevo “yo”.
- B. Como personas que han sido regeneradas, tenemos un viejo “yo” y un nuevo “yo”; el viejo “yo” ha llegado a su fin, mientras que el nuevo “yo” vive:
1. El “yo” que ha llegado a su fin es el “yo” que no tenía divinidad.

*Día 5
y
Día 6*

2. El “yo” que sigue viviendo es el “yo” al cual Dios se ha añadido.
 3. En el viejo “yo” no había nada de Dios, mientras que el nuevo “yo” recibió la vida divina.
 4. El viejo “yo” ha llegado a ser el nuevo “yo”, debido a que Dios como vida ha sido añadido a éste.
 5. El nuevo “yo” es el “yo” que llegó a existir cuando el viejo “yo” fue resucitado y le fue impartido Dios.
- C. Nosotros y Cristo no tenemos dos vidas; más bien, tenemos una sola vida y un mismo vivir:
1. Nosotros vivimos por Él, y Él vive en nosotros (Jn. 6:57).
 2. Si nosotros no vivimos, Él no vive, y si Él no vive, nosotros tampoco podemos vivir.
 3. Cristo vive en nosotros al hacer y al permitir que nosotros vivamos con Él (14:19).
- D. “Yo”, la persona natural, se inclina a guardar la ley a fin de ser perfecto (Fil. 3:6), pero Dios desea que yo viva a Cristo a fin de que Dios sea expresado en mí por medio de Cristo; por tanto, la economía de Dios consiste en que “yo” sea crucificado en la muerte de Cristo y que Cristo viva en mí en Su resurrección.

Alimento matutino

Gá. Porque yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir 2:19 para Dios.

Ro. Porque si siendo injertados en El hemos crecido 6:5 juntamente con El en la semejanza de Su muerte, ciertamente también lo seremos en la semejanza de Su resurrección.

7:4 Así también a vosotros, hermanos míos, se os ha hecho morir a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis unidos a otro, a aquel que fue levantado de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.

11:16-17 ...Y si la raíz es santa, también lo son las ramas. Pero ... tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado entre ellas, y viniste a ser copartícipe de la raíz de la grosura del olivo.

Gálatas 2:19 indica que ya hemos muerto a la ley. Según su propia experiencia, ¿ha usted realmente muerto a la ley, o esto es simplemente una doctrina para usted? Además, ¿cómo podemos vivir para Dios? Si queremos contestar estas preguntas, debemos conocer la verdad, la realidad, del evangelio. Si en nuestra experiencia no estamos unidos orgánicamente a Cristo, sino que permanecemos en nosotros mismos, entonces no estamos ni muertos a la ley ni vivos para Dios. Si no experimentamos la unión orgánica con Cristo, no podemos vivir para Dios. Por el contrario, viviremos para muchas otras cosas, menos para Dios.

El concepto de la unión orgánica se halla implícito en Romanos 7. En este capítulo Pablo usa la vida matrimonial como ejemplo. El matrimonio es la unión de dos vidas. En esta unión la esposa llega a conformar una sola entidad con su marido, y el marido se hace uno con su esposa. En Romanos 7:4 ... nos hemos casado con el Cristo resucitado. Entre Él como el Novio y nosotros como la Novia existe una unión maravillosa. Hemos llegado a ser una persona con Él y compartimos el mismo nombre, así como la misma vida y existencia. Esto demuestra que nuestra vida cristiana consiste en vivir siendo partícipes de una unión orgánica con Cristo. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 81-82)

Lectura para hoy

En Romanos 11 Pablo usa otro ejemplo: el hecho de injertar la rama de un árbol en otro árbol ... Como resultado del injerto, las ramas del olivo silvestre y las del olivo cultivado crecen juntas

orgánicamente. Nosotros, las ramas del olivo silvestre, hemos sido injertados en Cristo, el olivo cultivado.

En otro tiempo éramos ramas del olivo silvestre, pero ahora hemos sido injertados en Cristo. Este ejemplo indica que la vida cristiana no consiste en intercambiar una vida por otra, es decir, no consiste en cambiar una vida inferior por una vida superior, sino que consiste en llevar la vida que es producto de un injerto, pues se trata de la vida que resulta de injertar la vida humana en la vida de Cristo. Después que una rama ha sido injertada en otro árbol, ya no vive por sí misma. Al contrario, vive por la vida que emana del árbol en que ha sido injertada.

Todo injerto tiene dos aspectos principales: el cortar y el unir o juntar. Si no se hace un corte, no puede haber ningún injerto. Si la rama de un árbol ha de ser injertada en otro árbol, ésta primeramente debe ser cortada, separada. Después que tal separación ha tenido efecto, la unión se lleva a cabo. Esta unión es orgánica. Por lo tanto, en el injerto vemos la separación, la unión y la unión orgánica. La separación corresponde a la muerte de Cristo y la unión corresponde a la resurrección de Cristo. En la muerte de Cristo nuestra vida vieja fue cercenada, separada de nosotros, y en la resurrección de Cristo nosotros fuimos unidos a Él a fin de experimentar más crecimiento. Al ser partícipes de la muerte de Cristo morimos a la ley, mientras que por la resurrección somos hechos aptos para vivir para Dios. Por tanto, estar muerto a la ley y vivo para Dios está íntimamente relacionado con la muerte y la resurrección de Cristo. Sólo por medio de ser injertados en Cristo podemos ser uno con Él en Su muerte y en Su resurrección.

En nosotros mismos, no podemos morir a la ley o vivir para Dios. Sin embargo, cuando la preciosidad del Señor Jesús fue infundida en nosotros y empezamos a apreciarle, fuimos injertados en Él. Por una parte, fuimos cortados, separados; por otra, fuimos unidos a Cristo en Su vida de resurrección. Después que se efectuó esta unión, fuimos unidos orgánicamente con Cristo. Ahora simplemente debemos vivir en esta unión orgánica. Por el lado negativo, hemos sido cortados, separados, en la muerte de Cristo; por el lado positivo, hemos sido unidos a Él en Su resurrección. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 82-83)

Lectura adicional: Estudio-vida de Gálatas, mensajes 8-9, 16, 20, 22, 25; *Life Messages*, caps. 58-59; *Estudio-vida de Romanos*, mensajes 63-65

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Jn. Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el 14:20 pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí.

14:20 En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en Mí Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros.

1 Co. Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con Él. 6:17

En su fuero interno, usted probablemente preferiría tener [al Señor] a su lado, tal como Él estaba con Sus primeros discípulos. Si el Señor Jesús apareciera repentinamente en una forma física, nos maravilláramos. Esto demuestra que preferimos tener a Cristo junto a nosotros, antes que tenerlo dentro de nosotros. Pero si Cristo estuviera solamente con nosotros, sería imposible que se produjera el injerto de Su vida con la nuestra, puesto que Él no podría estar en nosotros. Él podría realizar milagros entre nosotros, pero nosotros seguiríamos siendo iguales, sin que ningún cambio o transformación se realizara en nosotros. Podríamos abrazarlo, pero no podríamos ser injertados en Él. Por lo tanto, a fin de que podamos mezclarnos con Él, Cristo prefiere estar dentro de nosotros. Cristo desea que permanezcamos en Él, a fin de que Él permanezca en nosotros (Jn. 15:4). Esta es la mezcla producida al llevar la vida que es producto de un injerto. Es esta clase de vida la que nos transforma y conforma a la imagen de Cristo.

A fin de llegar a ser apto para ser recibido en nuestro interior, Cristo tuvo que experimentar la encarnación, el vivir humano, la crucifixión, la resurrección y la ascensión. Además, como el Espíritu, Él tuvo que descender sobre nosotros. Entonces, lo único que queda por hacer es invocarle en fe. Cuando decimos: “Oh Señor Jesús, creo en Ti”, Su vida, que ahora ha sido hecha apta para ello, puede ser impartida en nosotros y mezclarse con nuestra vida, la cual estaba preparada para ello; así, las dos vidas se unen. De este modo nuestra vida es injertada en la Suya. (*Estudio-vida de Romanos*, págs. 724-725)

Lectura para hoy

Estas palabras relacionadas con el hecho de que seamos injertados con Cristo tal vez sean sencillas; sin embargo, comprenden el cielo, la tierra y muchas otras cosas. Aquí dice que fuimos injertados en Cristo,

pero este Cristo es el Dios que habita en luz inaccesible (1 Ti. 6:16). Ya que no le podemos tocar, ¿cómo podemos ser injertados en Él? Esta es la razón por la cual Cristo tuvo que pasar por varios procesos. El primer proceso por el cual pasó fue que se hizo carne (Jn. 1:14), para ser del linaje de David (Mt. 1:1), el vástago de David (Zac. 3:8; Jer. 23:5; 33:15), a fin de que pudiéramos ser injertados juntamente con Él. Como seres humanos somos vástagos, es decir, somos de madera; de igual manera, Cristo vino como el vástago de David, o sea, como madera. Él es exactamente igual que nosotros; por lo tanto, es posible que nosotros y Él seamos injertados.

Todo aquel que tiene alguna experiencia realizando injertos sabe que para que el injerto sea exitoso, es necesario que tanto la rama como el árbol sean cortados y experimenten la muerte ... Por el lado de Cristo, un día Él como vástago de David, murió en la cruz; sin embargo, aunque Él murió en la carne, resucitó en el Espíritu (1 P. 3:18b). Por medio de la muerte y la resurrección, Él fue hecho el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Al venir a ser tal Espíritu, Cristo estaba listo para ser injertado. Sin embargo, nosotros como pecadores tenemos que arrepentirnos y recibir al Señor. Una vez que nos arrepintamos y le recibamos, Él como Espíritu vivificante podrá entrar en nuestro espíritu e impartir la vida divina en nosotros. Esta vida es una vida de muerte y de resurrección. Por lo tanto, Él introduce la llave de la muerte y la resurrección en nosotros, los que creímos en Él, morimos con Él y resucitamos con Él. Por consiguiente, en esta muerte y resurrección somos injertados juntamente con Cristo.

Después que hayamos sido injertados juntamente con Cristo, ya no debemos llevar una vida por nosotros mismos; más bien, tenemos que dejar que el Cristo *pneumático* viva en nosotros. Además, no debemos vivir regidos por la carne ni por nuestro ser natural, sino que debemos vivir por nuestro espíritu mezclado, o sea, el espíritu injertado con Cristo. Por tanto, primero somos unidos a Él; ésta es una unión. Luego somos mezclados con Él; ésta es la mezcla. Finalmente, somos incorporados a Él para formar una incorporación. Esta incorporación es la Nueva Jerusalén, la gran incorporación universal conformada por la mezcla entre Dios y el hombre, la misma que tiene como fin que reinemos en la eternidad. (*La experiencia de la salvación orgánica de Dios equivale a reinar en la vida de Cristo*, págs. 51-53)

Lectura adicional: Ibíd., mensaje 4; *Estudio-vida de Romanos*, mensajes 63-65

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Gá. Porque yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir 2:19 para Dios.

6:14 Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.

Ro. Hemos sido, pues, sepultados juntamente con Él en 6:4 Su muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.

Según Gálatas 6, por medio de la crucifixión de Cristo hemos muerto al mundo, particularmente al mundo religioso (vs. 13-14). Por el corte todo-inclusivo que nos aplicó la muerte todo-inclusiva efectuada por Cristo en la cruz, hemos muerto a todo lo que no procede de Dios. Debido a que hemos sido injertados en Cristo, lo que Él experimentó ha llegado a ser nuestra historia. Cuando Él murió en la cruz, nosotros morimos en Él. Cuando Él fue crucificado, nosotros fuimos separados del olivo silvestre. Esto significa que fuimos separados del yo, de la carne, del mundo, de la religión, y de la ley y las ordenanzas que ésta implica. Además, debido a que hemos sido injertados en Cristo, Su resurrección también ha llegado a ser nuestra historia. Por lo tanto, podemos declarar firmemente que con Cristo hemos sido crucificados, sepultados y resucitados. ¡Qué historia tan maravillosa tenemos! (*Estudio-vida de Gálatas*, pág. 83)

Lectura para hoy

Cada vez que desde lo más profundo de nuestro corazón decimos: “Señor Jesús, te amo”, nuestra fe es fortalecida. Nuestra unión orgánica con Cristo es también fortalecida. Además, sentimos que hemos sido separados del pecado, del mundo, de la carne y de la religión. Algunos de los que fueron iluminados con respecto a la iglesia no estaban dispuestos a dejar las denominaciones. Hasta que un día le dijeron al Señor cuánto le amaban y, espontáneamente, fueron movidos a dejar las denominaciones. Debido a que su unión orgánica con Cristo fue fortalecida, experimentaron una separación más profunda. Cuanto más decimos: “Señor Jesús, te amo”, más separados nos sentiremos de lo que es ajeno a Cristo.

En 2:19 Pablo dice: “Porque yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios”. La ley requiere que yo, un pecador, muera, y conforme a ese requisito, Cristo murió por mí y conmigo. Por eso, yo he muerto en Cristo y con Cristo por medio de la ley. Por tanto, nuestra obligación ante la ley, es decir, nuestra relación con la ley, ha llegado a su fin. Vivir para Dios significa estar ligados a Dios en la vida divina. Al morir con Cristo, todo vínculo que teníamos con la ley fue anulado y, al ser partícipes de Su resurrección, fuimos hechos responsables ante Dios en la esfera de la vida de resurrección.

Estar muertos a la ley significa que hemos sido librados de la ley a la cual estábamos sujetos [Ro. 7:6] ... Habiendo sido liberados de la obligación de la ley, ahora podemos andar en novedad de vida (Ro. 6:4). Sin embargo, andar en novedad de vida depende de la separación que experimentamos al participar de la unión orgánica con Cristo. Cuanto más somos separados, más vivimos para Dios y más andamos en novedad de vida. Debido a que hemos muerto a la ley, ya no estamos obligados a esforzarnos en nuestra carne por guardar la ley (Gá. 3:3). Siempre que nos fijamos nuestras propias normas, nos esforzamos por cumplirlas basándonos en nuestra fuerza carnal y no por el Espíritu.

Vivir para Dios significa que estamos ligados a Él en la esfera de la vida divina, es decir, que rendimos cuentas a Dios en virtud de la vida de resurrección. Al ser partícipes de la unión orgánica con Cristo, experimentamos la vida de resurrección. En virtud de esta vida de resurrección, espontáneamente estamos sujetos a Dios y estamos ligados a Él. Esto también depende de la unión orgánica.

Debido a que hemos sido crucificados con Cristo, ya no vivimos nosotros, sino que Cristo vive en nosotros. Ya no vivimos en el viejo hombre, nuestro hombre natural. Más bien, Cristo vive en nosotros. Entonces, en resurrección, vivimos en la fe del Hijo de Dios. Vivir en la fe del Hijo de Dios significa vivir en la unión orgánica con el Hijo de Dios, lo cual ocurre al creer en Él. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 84-85, 87-88)

Lectura adicional: Estudio-vida de Gálatas, mensajes 8-9; *Elders' Training, Book 6: The Crucial Points of the Truth in Paul's Epistles*, cap. 5

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Gá. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo 2:20 yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí.

4:19 Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros.

Gálatas 2:20 es un versículo conocido. En este versículo vemos uno de los aspectos básicos de la economía neotestamentaria de Dios: ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí. Conforme a la economía de Dios, ya no deberíamos vivir nosotros, sino que Cristo debería vivir en nosotros. Este es un aspecto básico de la verdad del evangelio. Sin embargo, la mayoría de los cristianos no tienen la comprensión apropiada de lo que significa decir: “Ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí”.

Los gálatas se habían desviado de la economía de Dios y habían vuelto a la ley, la cual ellos procuraban guardar mediante sus esfuerzos en la carne. Pero cuando nos esforzamos por guardar la ley de esta manera, estamos alejados de Dios. La economía de Dios es totalmente ajena a cualquier esfuerzo por guardar la ley que se base en la fuerza de nuestra carne. Más bien, Su economía consiste en que Él mismo se forje en nosotros. El Dios Triuno ha llegado a ser el Dios procesado. Mediante la encarnación, Cristo vino en la carne para cumplir la ley y, luego, desecharla. Mediante Su resurrección, Cristo fue hecho el Espíritu vivificante, el cual está listo para entrar en nosotros. La economía neotestamentaria de Dios consiste en que el Dios Triuno procesado sea forjado en nosotros a fin de que se convierta en nuestra vida y en nuestro propio ser. Si vemos esto, podremos proclamar que hemos sido crucificados con Cristo y que ya no vivimos nosotros. Sin embargo, Cristo vive en nosotros, y nosotros vivimos por la fe que es en Él y de Él. Nuestra vieja persona ha sido crucificada, pero la nueva persona, el nuevo “yo”, todavía vive. Ahora vivimos por la fe en el Hijo de Dios y del Hijo de Dios, una fe que produce una unión orgánica en la cual nosotros y Cristo somos uno. No hay comparación entre guardar la ley y tal unión orgánica. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 87, 97)

Lectura para hoy

Gálatas 2:20 es una revelación respecto a la economía de Dios. En

Su economía, la intención de Dios es que el Dios Triuno procesado sea forjado en nuestro ser para hacer de nosotros una nueva persona, un nuevo “yo”. La vieja persona, el viejo “yo”, el “yo” que no tiene a Dios, ha llegado a su fin; pero la nueva persona, el nuevo “yo”, el “yo” que posee al Dios Triuno, vive todavía. Vivimos con Cristo y por Cristo. Además, vivimos por la fe, la cual es el medio para introducirnos en unidad con Él. En esta unión orgánica somos uno con el Señor, porque compartimos con Él una misma vida y un mismo vivir. Cuando vivimos, Él vive. Él vive en nosotros, y nosotros vivimos con Él.

Yo creo que ahora podemos entender lo que significa decir que Cristo vive en nosotros y que la vida que ahora vivimos, la vivimos por la fe del Hijo de Dios, el cual nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros. La experiencia presentada en este versículo implica que Dios en Su Trinidad ha sido procesado. Después que Cristo se encarnó, Él vivió en la tierra y luego fue crucificado, sepultado y resucitado. En Su resurrección, Él fue hecho el Espíritu vivificante. Después de Su ascensión, Cristo fue coronado, entronizado y hecho Señor de todos. En el día de Pentecostés, Él descendió sobre Su Cuerpo como el Espíritu. Desde entonces, Él opera y actúa en toda la tierra, buscando quienes se sientan atraídos hacia Él e invoquen Su nombre. Siempre que en nosotros surge el aprecio por Él y nos sentimos movidos a invocarle, Él entra en nosotros y llega a ser la fe viviente que opera en nosotros y nos introduce en una unión orgánica con Él. En esta unión podemos verdaderamente decir: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí”. En esto consiste la economía neotestamentaria de Dios.

Puedo testificar que debido a que he visto esta visión celestial, nada puede moverme. Estoy dispuesto a dar mi vida entera por la visión de la economía de Dios. La vieja persona ha sido crucificada con Cristo, y Cristo ahora vive en mí, la nueva persona. La vida que vivo, la vivo por la fe, la fe del Hijo de Dios y la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí. En esto vemos la mezcla del Dios Triuno con el hombre tripartito. ¡Qué maravilloso! (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 97-98)

Lectura adicional: Estudio-vida de Gálatas, mensaje 10

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Gá. Porque yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir 2:19-20 para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí.

Hemos señalado que el libro de Gálatas revela las verdades básicas de la economía neotestamentaria de Dios. Entre estas verdades básicas, la más básica se encuentra en 2:20. Debido a que la verdad de que “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” es tan básica, es también misteriosa; y debido a que es misteriosa, no ha sido adecuadamente entendida por los cristianos a lo largo de los siglos. Por lo tanto, esperamos en el Señor que Él nos aclare esta verdad básica. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 90)

Lectura para hoy

Hemos señalado que en este versículo Pablo dice, por una parte, “ya no vivo yo”, y por otra, dice “vivo”. ¿Cómo podemos reconciliar esto? Una vez más quisiera señalar que no se trata de un intercambio de vidas. La forma de interpretar la Biblia adecuadamente es por medio de la Biblia misma. Esto significa que para entender este versículo se necesitan otros versículos. Romanos 6:6 nos dice que nuestro viejo hombre ha sido crucificado con Cristo. Este versículo nos ayuda a ver que el mismo yo que ha sido crucificado con Cristo es el viejo “yo”, es decir, el viejo hombre. Debido a que somos personas regeneradas, tenemos tanto un viejo “yo” como un nuevo “yo”. El viejo “yo” ha llegado a su fin, pero el nuevo “yo” vive. En Gálatas 2:20 tenemos tanto el viejo “yo” como el nuevo “yo”. El viejo “yo” ha sido crucificado con Cristo y, así, ha llegado a su fin. Por lo tanto, Pablo puede decir: “Ya no vivo yo”. Sin embargo, el nuevo “yo” todavía vive. Por esta razón, Pablo puede decir “vivo”.

Ahora debemos proceder a ver la diferencia que existe entre el viejo “yo” y el nuevo “yo”. Debido a que este versículo, Gálatas 2:20, nos es muy familiar, podríamos subestimar al suponer que ya lo entendemos. Pero, ¿cuál es la diferencia entre el viejo

“yo” y el nuevo “yo”? Según el entendimiento natural, algunos dirían que el viejo “yo” es malo, mientras que el nuevo “yo” es bueno. Debemos rechazar este concepto de la diferencia entre el viejo “yo” y el nuevo “yo”. El viejo “yo” no tenía nada de Dios, mientras que el nuevo “yo” ha recibido la vida divina. El viejo “yo” ha sido hecho un nuevo “yo” porque Dios, como vida, le ha sido añadido. El “yo” que llegó a su fin, es el “yo” que no poseía la divinidad. El “yo” que todavía vive es el “yo” al cual Dios ha sido añadido. Aquí hay una gran diferencia. El viejo “yo”, el “yo” que no posee a Dios, llegó a su fin. Pero el nuevo “yo” vive todavía, el “yo” que comenzó a existir cuando el viejo “yo” fue resucitado y Dios le fue añadido. Por un lado, Pablo fue aniquilado; pero por otro, en resurrección, el Pablo que tiene a Dios como su vida, vive todavía.

Debido a que han rechazado la luz de Dios, muchos cristianos están cegados y no pueden entender de este modo Gálatas 2:20. Si oyen hablar del viejo “yo” y del nuevo “yo”, rechazarán este concepto, aunque tal rechazo carecería del debido fundamento. Por ser verdaderos cristianos, ellos han sido regenerados. Cuando una persona es regenerada, no es aniquilada ni destruida. Ser regenerado significa que Dios es añadido a nosotros. En la regeneración, Dios fue añadido a quienes carecían de Él. El “yo” que no tenía a Dios llega a su fin. Este es el viejo “yo”, el viejo hombre, quien ha sido crucificado con Cristo. Pero a partir del momento en que comenzamos a apreciar al Señor Jesús y desde que la fe operativa comenzó a operar en nosotros, esta fe introdujo al Dios Triuno procesado en nosotros y lo agregó a nuestro ser. A partir de entonces, comenzamos a tener un nuevo “yo”, un “yo” que posee a Dios. Por consiguiente, el nuevo “yo” es el viejo “yo” que ahora es un “yo” resucitado que posee a Dios. ¡Alabado sea el Señor porque el viejo “yo” ha llegado a su fin y el nuevo “yo” ahora vive! (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 273-274)

Lectura adicional: Estudio-vida de Gálatas, mensajes 10, 41

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Jn. Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por causa 6:57 del Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por causa de Mí.

14:19 Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veis; porque Yo vivo, vosotros también viviréis.

Fil. En cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto 3:6 a la justicia que es en la ley, llegué a ser irreprochable.

En Gálatas 2:20 Pablo dice: “Mas vive Cristo en mí”. Según el concepto de una vida intercambiada, nuestra vida ha llegado a su fin y ahora es Cristo quien vive en nosotros. Pero necesitamos una comprensión más completa de lo que significa decir que Cristo vive *en nosotros*. Es fácil entender que Cristo vive. Pero es difícil entender cómo Cristo vive en nosotros. Esto no significa que yo he sido crucificado y que ya no vivo yo, ni tampoco significa que Cristo vive en mi lugar. Por un lado, Pablo dijo “ya no vivo yo”; por otro, él dijo “mas vive Cristo en mí”. La frase “en mí” es de gran importancia. Sí, es verdad que Cristo vive, pero vive en nosotros.

A fin de entender cómo Cristo puede vivir en nosotros, necesitamos referirnos a Juan 14. Antes de Su muerte y resurrección, el Señor Jesús les dijo a los discípulos: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (v. 19). Cristo vive en nosotros al hacer que nosotros vivamos con Él. Cristo no vive solo. Él vive en nosotros y con nosotros. Él vive al capacitarnos para vivir con Él. En un sentido muy real, si no vivimos con Él, Él no puede vivir en nosotros. Nosotros no hemos sido totalmente eliminados, y nuestra vida no ha sido intercambiada por la vida divina. Seguimos existiendo, pero existimos juntamente con el Dios Triuno. El Dios Triuno que ahora mora dentro de nosotros nos hace vivir juntamente con Cristo. Por lo tanto, Cristo vive en nosotros por medio de que vivamos juntamente con Él. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 91-92)

Lectura para hoy

Una vez más el ejemplo del injerto ayuda nuestro entendimiento. Después que una rama ha sido injertada en un árbol productivo, la rama sigue viviendo. Sin embargo, no vive por sí misma, sino por el árbol en el cual ha sido injertada. Más aún, el árbol vive en la rama que le ha sido injertada. La rama ahora vive una vida injertada. Esto

significa que vive, no por sí misma, sino por la vida del árbol en el cual ha sido injertada. Además, esta otra vida, la vida del árbol productivo, no vive por sí misma, sino por la rama injertada en ella. La vida del árbol vive en la rama. Finalmente, la rama y el árbol tienen una misma vida y un mismo vivir. Con base en el mismo principio, nosotros y Cristo también llevamos una misma vida y un mismo vivir.

En Juan 6:57, el Señor Jesús dijo: “Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí”. El Hijo no vivía por Sí mismo. Sin embargo, esto no quiere decir que el Hijo fue desechado completamente y dejó de existir. El Hijo, por supuesto, siguió existiendo, pero Él no vivía Su propia vida. En lugar de ello, Él vivía la vida del Padre. De esta manera, el Hijo y el Padre llevaban una misma vida y un mismo vivir. Compartían la misma vida y el mismo vivir.

El mismo principio se aplica hoy en día a nuestra relación con Cristo. Nosotros y Cristo no tenemos dos vidas. Más bien, compartimos la misma vida y el mismo vivir. Nosotros vivimos por Él, y Él vive en nosotros. Si nosotros no vivimos, Él no vive; y si Él no vive, nosotros no podemos vivir. Por una parte, hemos llegado a nuestro fin; por otra parte, seguimos existiendo, pero no vivimos sin Él. Cristo vive dentro de nosotros, y nosotros vivimos con Él. Por lo tanto, nosotros y Él tenemos una misma vida y un mismo vivir.

Gálatas 2:20 explica cómo, mediante la ley, hemos muerto a la ley. Cuando Cristo fue crucificado, nosotros estábamos incluidos en Él conforme a la economía de Dios. Este es un hecho consumado. Hemos muerto en Cristo por medio de Su muerte, pero ahora Él vive en nosotros mediante Su resurrección. Que Él viva en nosotros se basa totalmente en el hecho de que Él es el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45b). Este punto es plenamente desarrollado en los siguientes capítulos de Gálatas, donde el Espíritu es presentado y donde se recalca que el Espíritu es Aquel que hemos recibido como vida y en el cual debemos vivir.

“Yo”, la persona natural, se inclina por guardar la ley a fin de ser perfecto (Fil. 3:6), pero Dios quiere que yo viva a Cristo para que Dios sea expresado en mí por medio de Cristo (1:20-21). Por tanto, la economía de Dios consiste en que “yo” sea crucificado en la muerte de Cristo y que Cristo viva en mí en Su resurrección. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 92-93)

Lectura adicional: Estudio-vida de Gálatas, mensaje 10

Iluminación e inspiración: _____

